

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

# EL COMBATE DE OCELOTZIN

Y PRADO ALTO



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

EL COMBATE DE OCELOTZIN

y

PRADO ALTO

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

**Mauoci Hermanos.—Primera del Relox. 1  
1900**



## El Combate de Ocelotzin



El campamento de Hernán Cortés se encontraba aquella noche en el mayor silencio; la luna ya se había ocultado allá en el horizonte del Poniente, ensangrentando los cielos y su mergiendo los mares lejanos del sombrío Omecatl...

\*  
\* \*

Aquella noche, de la costa allá, en lo que es ahora Veracruz, no había tempestad. Todo era dulzura y calma, y como ya os he dicho, los aventureros españoles que guiaba Hernán Cortés, á la conquista del imperio de Motce-

cuhzoma, se entretenían en referirse sus mayores episodios de guerra, sus amoríos y aventuras extraordinarias.

Mas hay que confesaros, amigos lectores, que aquellos españoles no estaban tan alegres como otras veces... ¡cómo que durante el día habían tenido un sangriento combate con los temibles tlaxcaltecas, mandados por el temible príncipe Xicotencatl, quien era su mejor caudillo'...

Aquel guerrero, príncipe grandioso y amado de los hijos de la nación Tlaxcalteca, que como saben bien mis buenos amigos, era terrible rival, enemigo atroz del imperio de México; aquel guerrero magnífico había jurado suspender la guerra que aún tenía contra los aztecas, para oponerse á la llegada de los «extranjeros blancos...»

Había dicho el príncipe generoso y valiente, en un instante de furor y rabia, contra aquellos audaces que llegaban del Oriente:

—No permitiré nunca que el sagrado Gobierno de nuestra amada República, tolere la llegada de esos hombres blancos, que se dicen vienen vestidos de hierro, y son hijos del Gran Tonatiuh...

Así se había expresado el temible Xicotencatl, allá en Tlaxcallan, en cuanto supo por el



caballero Ocelotltzin, la decisión de los españoles. ¡Con cuánta alegría hubiera olvidado el guerrero Xicotencatl, las luchas que tuvo que sostener tantas veces con Ocelotltzin!

Ante todo se imponía la libertad de la patria de todos; la libertad del inmenso y bellísimo territorio del Anahuac...

Por eso era preciso que se unieran, olvidando sus guerras y sus antiguos odios, el imperio del Gran Moctecuhzoma Xocoyotzin y el

grande y sabio Senado] de la república de Tlaxcallan....

Y lo que pasaba era que aquellos odios y rencores entre las dos naciones rivales, no se habían aplacado aún, y no podían entenderse para unirse y combatir unidas al mismo invasor, que llegaba con semejante audacia...

Pero, volviendo al campamento español, donde reinaba la mayor calma, envuelto en el silencio tranquilo de la costa del Golfo Mexicano, diré á mis lectores, que la tristeza lánguida que se notaba en algunos guerreros, dependía acaso del incendio de las naves, en que habían llegado todos...

—¡Con que el general quemó nuestras naves, dudando de nuestro valor!—decían algunos valientes paseándose tristemente, mientras otros seguían su amena charla, entre alegres y bonachonas carcajadas de buen humor.

—Era preciso, compañero y amigo,—respondió otro capitán, que también melancólicamente se abstenía de la tumultuosidad de sus compañeros.

—Ahora, no nos queda más que vencer ó morir... Lucharemos hasta hacer de este país una inmensa y gloriosa tumba española.

— ¡O azteca!... Dios dirá,—respondió un jovial pero inteligente soldado que se llamaba Bernal Díaz del Castillo, quien ya conocía algo de aquellas aventuras, aun que todavía no lo que eran los bravos corazones de la nueva raza, que bien pronto haría derramar lágrimas de sangre á su heróico caudillo Hernán Cortés...

—Sea como fuere, no hay remedio,—exclamó un joven de retorcidos bigotes y ademán altanero.— ¡Ya estamos aquí, y juro salir vivo, pese al mismo...

El joven iba á proferir en una blasfemia horrible, de aquellas que de mal modo usaban los aventureros que se echaban el alma atrás, sin temor alguno, cuando apareció en aquel lugar del campamento, un anciano sacerdote, quien dijo gravemente:

— ¡Silencio! ¡No profanes nuestra Santa Religión! ¡Calle el blasfemo, que acaso podría salirle mal su decir!

—Yo no callo nunca,—rugió el joven; y luego agregó con mayor alteración:—He dicho que saldremos vencedores ante todo, porque ante mí, ningún miserable azteca puede siquiera resistir el brillo de mi coraza... ¡Ah! y si levanto el brazo lo pulverizo... Con hombres como yo, se gana en tres días todo el imperio



de ese infeliz Moctezuma... Cinco nada más; solamente cinco como yo, y... no quedaba un desdichado azteca...

El anciano sacerdote, que era uno de esos buenos misioneros de paz y verdadera civilización, que salían de España, no en pos de aventuras de donde manara oro, sino en pos del oro de las almas no convertidas para entregarles la llave del cielo... El digno y venerable anciano se detuvo un instante, y con voz

solemne y terrible, pronunció estas palabras:

—Joven insensato... mancebo que sueñas con ilustres victorias... Sábeta que las batallas no se ganan con fanfarronadas, ni con palabras de promesa, ni con alardes, ni con gritos de: «¡Yo soy muy heróico! ¡Yo haré prodigios y temblarán delante de mí, todos mis enemigos!» No, caballero español; así no se muestra la hidalguía española, que ha hecho y hará tantas proezas admirables. Así, solo hay *fanfarronada* de valentía.

Apenas hubo terminado estas frases dignas y solemnes el severo monje, porque parecía de veras un monje, de manto negro con relampagueos azules, muy extraños y misteriosos; apenas terminó la última palabra, cuando hé aquí, amigos míos, que se levanta, hecho una fiera humana, el soldado español, exclamando con horrenda rabia, con impetuosa cólera:

—¡Vil y menguado sea, el que ponga en duda el lustre victorioso de mis armas!... Yo soy el invencible Gonzalo del Prado Alto; yo soy noble, aunque no tenga los pergaminos, porque los extravió mi hermano, pero, ¡por todos los santos! que pasaré con el hierro de mi aguda tizona el pecho del que lo dude... ¡Ah! si tuviese yo aquí uno de esos fementidos indios

de ese Moctecuhzoma, uno de esos de los que nos cuentan que saben pelear diestramente, con armadura y lanzas á su modo... ¡Ah! si tuviera uno de sus mejores capitanes á mi frente, acompañado él de muchos más de su raléa, ¡qué bonita carnicería tendría que hacer en ellas! ¡Y qué lástima que la carne de indio no se coma, porque la comería con gusto, porque á fe que tengo hambre!... ¡Ja... ja... ja... ja!...

Bajo del toldo en que se encontraba el grupo de soldados, el misterioso monje que había hablado primero, se mantenía erguido. Mas, repentinamente gritó:

—¡Insensato caballero!... No juzgues así... Voy á demostrarte que el valor puede abrigarse dentro de cualquier pecho; voy á persuadirte de que el heroísmo por la patria, puede latir dentro de un alma generosa y amante, sea de España ó de estas islas extranjeras, que este don Hernán Cortés viene á conquistar. Quiero demostrarte que en todas ocasiones, hay espíritus nobles frente á las frases heroicas, y hazañas famosas delante de las palabras de oro...pel...

¡Ja... ja... ja... ja!... ¡Qué grandes risotadas, qué carcajadas acompañaron á la primera risa

del joven de Prado Alto, al oír las frases del rarísimo monje!..

De repente desapareció éste, y ya todos los soldados del campamento volvían á charlar y á jugar á los dados, cuando hé aquí que se presenta delante del grupo de españoles, un joven azteca, soberbio, altivo y gallardo... ¡Pero qué terrible, qué espanto produjo, de pronto, su figura imponente!...

Vestía la armadura defensiva de combate de los ocellotltecuhtltizin, de los caballeros de la orden del Tigre Mexicano. En su cabeza el casco formidable, donde estaba el hocico dise- cado, pero reforzado por pieles dobles y plan- chas de metal, de un gran tigre cazado por el mismo que lo llevaba; el cuerpo estaba envuel- to en el amarillo y gris pelaje de la fiera; en el pecho coraza algodónada, recubierta de pedre- ría fina, ópalo y perlas alternadas con corales; en las piernas robustas, las fuertes botas que envolvían los pies del guerrero azteca con lu- cientes y espantables «catclis,» de fornidas planchuelas de metal. En el brazo izquierdo ostentaba el redondo y ancho «chimalli,» ó sea el escudo, que era también magnífico; en la derecha mano, temblaba el macuhauitl imperial, la régia y poderosa macana, larga, pesada, hermosa, guarnecida de cuchillos y



puntas, ixtli... espada, hacha, lanza, maza y escudo á un tiempo mismo, cuando, como entonces, la terrible macuahuitl estaba en poder de uno de los más valientes y diestros adalides del ejército azteca.

Lanzó, al presentarse delante de los españoles, un grito de desafío. Estos, que no entendían el lenguaje de los aztecas, comprendieron, no obstante, su significado... ¡Era un reto!

Y en efecto, las palabras del Ocelotl, querían decir: «Venga á pelear conmigo el que quiera.»

El joven del Prado Alto, volvió á reir, y al punto echó mano á su espada, que llevaba al cinto... pero el azteca le hizo seña de que requiriese su rodela, su coraza y su casco...

Así lo hizo el español, comprendiendo que iba á entablar una lucha feroz, contra un enemigo terrible. Y cuando estuvieron, por fin, frente á frente, el aventurero joven castellano, muy hermoso con su armadura, que centelleaba á los reflejos de las hogueras que animaban el campamento, cuando se encontraron aquellos dos jóvenes campeones, uno español, esgrimiendo fina y filosa tizona, y el azteca, con su armadura á lo tigre, con su chimalli y su macana pesada y tremenda, dieron un espectáculo admirable. ¡Cuántos gritos de entusiasmo resonaron en el campamento!...

Los hispanos conquistadores creían que en el primer encuentro, caería el guerrero azteca presentado por el anciano fraile. Todos esperaban el triunfo del valiente del Prado Alto...

\*  
\* \*

La lucha empezó de un modo furibundo.

El español quiso desde luego derribar á su enemigo de un golpe con su misma rodela; pero ¡qué mal le fué! porque él fué quien recibió en su casco un macanazo, tan terrible, que se lo abrió. Llegando hasta el cráneo, de donde bajaron al rostro ríos de sangre.. Retrocedió aullando de rabia el temerario joven, y entonces, enderezando su larga tizona y cubriéndose el pecho con la rodela, lleno de furor se fué contra el azteca, que le esperaba tranquilo... y la espada se dobló ante el chimalli ó escudo del Ocelotl, mientras que éste, por un hábil movimiento inesperado, dió un tajo tremendo á las piernas del contrario, que rodó por el suelo. Sobre él, el Ocelotl se precipita, le pone los catelis aztecas sobre el pecho cubierto de hierro, y amenaza matarlo con su macana...

La turba de conquistadores ya no reían; contemplaban pálidos aquel combate, y al fin esperaron ver morir á su compañero vencido. Como dignos españoles al fin, eran hidalgos y no mataron al Ocelotl mexicano... y aquella noche, en el campamento, muchos de los fanfarrones suspiraron por los barcos que su capitán Hernán Cortés había mandado quemar, para que no hubiese más solución que convertir el Anahuac en una tumba heróica, co-

mo también tuvo que ser heróico el pecho tal, de su audacia.

Mas ¿quién había sido aquel monje, que salvó al azteca prisionero?

¿Aquel azteca tan bravo, aquel señor Oceletlzin, que con tanto brío derribó al joven español, que aseguraba que con cinco como él se conquistaría el Anahuac; aquel fuerte esgrimidor de la macana hermosa, era protegido por algún genio amante de la raza ya sentenciada á muerte?

· · · · ·  
Sí... Aquel bravo fué el que regresó de la isla del Ensueño Rojo, donde moraba la princesa Axempaxochitl. Oceletlzin, empezaba á cumplir su misión.

Había sido hecho prisionero por los españoles; pero gracias á su valor pudo estar libre y partir rumbo á Tlaxcatlan... Iba á ir de nuevo á convencer al gobierno de que resistiera á los hombres blancos... Luego iría á Tenochtitlan, á levantar el patriotismo de los leales y á abolir la tirana y necia superstición de Moctecuchzoma, para salvar la adorada patria mexicana... Que los extranjeros invasores avanzaran, él iba en alas del águila magnífica del amor patrio... ¡Iba á continuar los sagrados combates por la libertad!

Y entre tanto, el ejército de Cortés se dirigía por entre los hermosos paisajes y las abruptas sierras, hacia el corazón del imperio azteca...

¡Qué horribles acontecimientos se preparan, amigos lectores! ¡Se va á efectuar el primer choque contra Tlaxcatlan!

Las batallas se van á suceder día á día.... correrá más sangre... ¡Oh, patria mexicana!

. . . . .

\*  
\* \*

Leed la siguiente narración:

## ¡EL SUPPLICIO DEL MONSTRUO INFERNAL!

